



Complejidad del concepto de contexto*

*Tejeré una manta igual a aquella
que mi madre hizo, y la madre de ella.
Dejaré un pequeño hoyo
para la Araña Divina
que enseñó a la primera de nosotras
a usar el telar*
[Canto Navajo]

Marco Bianciardi

La tradición de la doctrina cristiana presenta algunas verdades de fe bajo la forma de ‘misterio’: verdad que el creyente acepta como un acto de fe, reconociendo no poder comprender. Una de éstas, el misterio de la trinidad, introduce la idea, o sugiere la intuición, de una unidad indisoluble la cual, lejos de anular la autonomía de sus componentes, se genera en y desde la relación entre ‘personas’ distintas y autónomas. El misterio de fe propone por lo tanto una imagen, o una metáfora, que puede considerarse un punto de partida bastante útil para una reflexión sobre el concepto de contexto – a condición que, obviamente, no se considere literalmente el contenido, sino de imaginar que el misterio remite y alude, ante todo, a una *opción de naturaleza epistemológica*.

Considérese, en efecto, que la ‘trinidad’ propone, precisamente, la modalidad heurística más apropiada para reunir todo lo que es viviente: como unidad que se genera en la historia de las relaciones entre las autonomías de los componentes. A cualquier nivel de observación que se considere la vida, de hecho, debemos reconocer que, por una parte es útil observarla como un todo teniendo características de unidad y globalidad, es decir, características emergentes desde las interacciones entre las partes que la componen; y que, por otra parte, bien está postular que tal unidad no excluya, sino implique, que los elementos que la componen estén caracterizados por una propia organización autónoma.

Debemos postular que el término ‘contexto’ encuentra las propias raíces en la experiencia misma del tejer, en el concreto hacer del tejedor. La palabra ‘contexto’ evoca entonces el tejido mismo: los hilos del tejido en tanto entretejidos, o tejidos en conjunto, y, por lo tanto, el tejido en su ser un entrelazamiento entre telar y urdimbre.

* Traducción libre de Ignacio Célery S., Psicólogo Clínico de la Pontificia Universidad Católica de Chile (2009). Mail: icelery@gmail.com

BIANCIARDI MARCO, psicólogo psicoterapeuta, es Director del Centro de Terapia Familiar del A.R. USL 4 de Torino y Docente del Centro Milanés de Terapia de la Familia.

Pero lo que intento subrayar es que la verdad de fe puede ser entendida como una opción epistemológica *justamente en tanto se propone como 'misterio'*.

Al explicitar y reconocer un aspecto de misterio, o de sustancial intangibilidad, de hecho, es posible divisar – más que una imposición oscurantista que se oponga a la razón – una actitud de profunda sabiduría: la conciencia de cómo la co-presencia, a distintos niveles, de indisoluble unidad del todo, y auténtica autonomía de las partes sea, y no pueda sino ser, constitutivamente e ineludiblemente inaprensible por aquel que, como el sujeto humano, se encuentre viviendo al interior de tal co-presencia.

Y, en este sentido, el misterio de la trinidad propone una imagen, bastante nítida y eficaz, de cómo lo que indicamos con el término “complejidad” puede ser entendido ante todo en un plano epistemológico¹: como la elección de acercar los procesos de conocimiento – y, más en general, los fenómenos vivientes – reconociendo la irreductibilidad de los diferentes niveles de observación, o de diferentes puntos de vistas, tales como el punto de vista interno y el punto de vista externo a un sistema.

En este ensayo intento precisamente examinar el concepto de contexto a partir de una perspectiva de la complejidad, y por lo tanto me esfuerzo en no reducir o desconocer los aspectos de misterio, o de intangibilidad, que lo caracterizan, sino, ante todo, explicitarlos y rendirles razón. *El concepto de “contexto”, en efecto, implica precisamente aquel entrelazamiento entre niveles distintos y aquella articulación entre unidad del todo y autonomía de los componentes*, que, en efecto, queda sin embargo *in-comprensible para el sujeto*: articulación, esto es, que no puede ser comprendida, o prendida en su conjunto*, a partir de un punto de vista subjetivo, y por lo mismo local, parcial, concreto, y por ende situado dentro de esa articulación misma.

El análisis del concepto de contexto al interior de una perspectiva de la complejidad me llevará a sostener que *el reconocimiento de la centralidad del sujeto desde el enfoque sistémico resulta no obstante problemático* – y esto en tanto tal reconocimiento no puede eludir la cuestión de la relación entre centralidad del sujeto, por una parte, y centralidad del contexto del cual el sujeto participa, por otra. La centralidad del sujeto, en otros términos, no puede *ponerse sobre el mismo plano* de la centralidad de los contextos, ni puede, por lo tanto, a ella *contra-ponerse*. Téngase en consideración, para este propósito, que la prioridad de la relación – y por lo tanto la centralidad de las características y de las propiedades emergentes a nivel del contexto – debe ser reconocida como premisa lógica y epistemológica fundante del enfoque sistémico mismo; y que, en consecuencia, el pasaje de la primera cibernética a la cibernética de segundo orden, lejos de permitir un abandono de esta premisa, implica la necesidad y la oportunidad de reexaminar su significado y comprender mejor su sentido.

¹ Sobre la consideración de “complejidad” en el ojo del observador en primer lugar, o sea, como corte metodológico y enfoque epistemológico, vean, dentro del clásico texto a cargo de G. Bocchi e M. Ceruti (*La sfida della complessità*, Feltrinelli, Milán, 1986), en particular las contribuciones de E. Morin (*Le vie della complessità*), de J.L. Le Moigne (*Progettazione della complessità e complessità della progettazione*), y de H. Atlan (*Complessità, disordine e autocreazione del significato*).

* En el original está referido de la siguiente manera: ‘che non può essere com-presa, o presa insieme, [...]’ (p. 30), se optó por una traducción literal para no perder el juego de palabras. De todas formas, el sentido de la oración se mantiene, es decir, que la articulación no puede ser entendida (‘tomada’) en su conjunto desde el punto de vista subjetivo. [N. Del T.]

El “contexto” de la lógica clásica

El término “contexto”, en su uso más banal y obvio, indica “lo que está alrededor”, y, por consiguiente, el ambiente, o la situación, dentro del/de la cual ocurre, se genera, y puede ser comprendido aquello sobre lo cual estamos focalizando nuestra atención.

Tal acepción tiene, bien entendida, su propia lógica – que no es sino una lógica cibernética. Y tiene su propia lógica en tanto ‘contexto’ significa, literalmente, “tejido con”*: etimología que parece autorizar aquel sutil, casi imperceptible, deslizamiento semántico que permite considerar y concebir al contexto como *lo que está co-presente* – y por lo tanto como lo que acompaña, circunda, enmarca, precede, amplifica, influencia... pero no obstante viene concebido como aparte, como originariamente y sustancialmente separado de aquello que hace de contexto.

Está claro que tal acepción del concepto de contexto se mantiene con coherencia dentro de una lógica clásica, según la cual la identidad es independiente de la relación y precede la relación – por cuánta importancia pueda ser atribuida a esta última. Un contexto así entendido, de hecho, es concebido ante todo como independiente de aquellos elementos que hacen de contexto: exactamente como un marco, el que, por cuánto pueda ser significativo en la valoración del cuadro, o pueda no obstante constituir un comentario, sigue siendo, sin embargo, un objeto aparte respecto del cuadro mismo, y puede estar separado sin que el cuadro, y el marco mismo, pierdan el propio valor y el propio significado autónomo, los cuales preceden y son independientes de su estar co-nectados o puestos en relación.

Si mantenemos la imagen del tejido, que el término remite, podremos decir que, según esta acepción, el contexto es el tejido que envuelve un objeto: como el paño precioso sobre el que ponemos una piedra preciosa para coger mejor el brillo. Del mismo modo, y fuera de metáfora, “contexto” estará para indicar el ambiente que circunda un organismo, el momento histórico en el que se genera un acontecimiento, o la red de relaciones significativas para el sujeto: donde es reconocida, y a la vez amplificada, la importancia del contexto al influenciar la conducta del organismo, o al ocasionar el evento, o la formación de la personalidad del sujeto: pero donde, por otra parte, individuo, evento y organismo, sin embargo, están siempre considerados y concebidos como potencialmente separados del propio contexto, o sea, dotados de un estatuto ontológico autónomo y de una identidad no correlacionada al contexto: portadores de una propia esencia independiente de lo que lo circunda.

Pero tal modo de considerar las cosas es precisamente lo que, a mi parecer, el enfoque sistémico se ha propuesto superar, introduciendo una opción epistemológica que la cibernética de segundo orden nos estimula a redescubrir y a comprender en modo más explícito y articulado.

* En el original, respectivamente, ‘contesto’ y “tessuto con” (p. 31) [N. Del T]

El “con-textus” cibernético

Retomemos pues la raíz etimológica del término “contexto”, tratando de evitar aquel deslizamiento de significado al que la epistemología lineal que nos caracteriza como organismos parece inducirnos inconscientemente. Para hacerlo debemos imaginar que la etimología del término no evoca la operación de co-nectar dos identidades distintas, las que existen independientemente y antes de ser co-nectadas, o sea no remite a cualquier cosa que tejida en conjunto a otra cosa la enmarque; debemos más bien postular que el término encuentra las propias raíces en la experiencia misma del tejer, en el concreto hacer de tejedor. La palabra “contexto” evoca entonces el tejido mismo: los hilos del tejido en tanto entre-tejidos, o tejidos en conjunto, y, por lo tanto, el tejido en su ser un entrelazamiento entre telar y urdimbre.

Por lo tanto, no dos entidades de por sí listas aunque entrelazadas, sino, por consiguiente, el tejido en cuanto está entre-tejido, es decir, está compuesto de un entrelazamiento de hilos que se sobreponen, que se persiguen, se anudan el uno al otro, formando un conjunto densamente entrelazado donde parece difícil distinguir un hilo del otro, y donde es imposible seguir cada hilo en su recorrido, en sus virajes, en su anudarse, en su pasar constantemente de uno a otro de los diferentes niveles en los cuales el telar y la urdimbre se entrelazan recíprocamente.

Este modo de entender el significado de “contexto” propone un concepto radicalmente diferente de aquel que examinamos en el párrafo precedente. Según esta acepción, en efecto, “contexto” no indica, ni podría indicar, lo que está alrededor de otra cosa, o lo que enmarca: exactamente como el tejido no enmarca los hilos que lo componen.

Dentro de una lógica cibernética, por consiguiente, el término “contexto” introduce el concepto de una *relación compleja y articulada entre un todo y sus componentes*: por ende no la relación entre un cuadro y su marco, sino, más bien, entre un mosaico y las piezas que lo componen. Por una parte, no hay tejido sin hilos, ni tampoco hay mosaico sin piezas; por otra parte, el tejido y el mosaico son más que la simple suma de los hilos y de las piezas de los que son formados.

Con-texto no es otra cosa que esta relación *com-pleja*.

El contexto no es por lo tanto concebible, imaginable, o describible como separado, apartado, independiente, autónomo, con respecto de aquello que haría de contexto. Al contrario: es el resultado de la historia de las relaciones entre los componentes que hacen de contexto – un resultado siempre vivo y en evolución, articulado, redefinible, provisorio, pero dotado de características emergentes, que enmarcan, contribuyendo a definir el significado, las relaciones mismas que lo comprenden.

Por otra parte, los elementos que componen el contexto tampoco pueden ser concebidos como separados y autónomos, en su esencia, del contexto que sus interacciones crean y re-crean en el tiempo. Cada organismo viviente, en efecto, no precede al contexto, no se da nunca fuera del contexto, no existe, literalmente, sino en un contexto; más bien, en la propia ontogenética, *ex-iste*, es decir, en el situarse como observador caracterizado por una clausura

experiencial y operacional, se ‘trae fuera’, se ‘sitúa desde’, e-merge del contexto que lo ha generado.

El contexto por lo tanto, en una perspectiva cibernética, tiene las características de un todo; de un todo no obstante articulado, entrelazado, imbricado, que se desarrolla sobre planos distintos, y que evoluciona, vive, se genera en un constante proceso dialéctico entre sus componentes, que están caracterizados por una propia autonomía organizacional y experiencial.

Un todo unitario y/pero *com-plexus*.

Pero que, sin embargo, queda un todo dónde ningún elemento es concretamente concebible como aparte, es decir como dotado de una propia esencia o de un fundamento ontológico autónomo, como independiente de la relación y anterior a la relación.

Contexto es el entrelazamiento de todas las relaciones concretas y contingentes dentro de un todo – entrelazamiento que se genera, por ende, en la historia de las interacciones entre las partes caracterizadas por una autonomía propia.

“Es el contexto que evoluciona” nos recuerda Gregory Bateson². Y es en este sentido que la lógica cibernética propuso asumir la vida como una totalidad organizada, o mejor autoorganizada, dónde, más que subdividir y ordenar los elementos en secuencias lineales, es necesario saber leer niveles de autonomía distintos y al mismo tiempo imbricados.

La ceguera subjetiva como estructural al “con-textus”.

Esta modalidad de entender el concepto de “contexto” – una modalidad compleja, la que articula y entrelaza la unidad del todo y autonomía de los componentes – es una modalidad que nos evita siempre. Y que sigue siendo para nosotros, precisamente, un misterio. Es, podemos decir, *imposible para el sujeto*: el cual – lejos de poder *com-prender desde el exterior* los contextos en los que participa – vive y experimenta el propio punto de vista como necesariamente *al centro* de los propios contextos relacionales y existenciales. Y eso *en cuanto sujeto*, y, por lo tanto, por un motivo de estructura, de modo constitutivo y lógicamente no eludible.

Se considera que sólo el astronauta desde la nave espacial puede observar la superficie terrestre sin situarse “al centro” de la superficie misma: su punto de vista, en efecto, es, provisoriamente, externo. Pero, para todos nosotros, el concretísimo lugar dónde apoyamos los pies en la tierra, se pone necesariamente al centro de nuestra perspectiva terrestre. Precisamente como el nudo de una red, que, siendo parte de la red, no puede sino considerar la red misma desde un punto que, subjetivamente, se coloca al centro de la propia red. O como un punto sobre una esfera, el cual, desde el propio punto de vista, se encuentra no obstante al centro de la superficie que pertenece³.

² G. Bateson, *Verso una ecología della mente*, Adelphi, Milán 1976, p. 191.

³ Estoy proponiendo aquí una imagen de tipo espacial; F. Varela evidencia bastante bien este aspecto desde un punto de vista más específicamente biológico y neurológico, afirmando que el hombre no puede “saltar fuera” (extraerse) del dominio cognitivo especificado por su cuerpo y por las características de su sistema nervioso (cfr. Varela F.J., *Il circolo creativo: abbozzo di una storia naturale della circolarità*, en: Watzlawick P. (ed), *La realtà inventata*, Feltrinelli, Milán 1988).

Sólo imaginando, hipotéticamente, un punto de vista que no sea parte de, que se coloque como abstracto, fuera del mundo material local y concreto, que no pertenezca pues a un organismo viviente, podríamos concebir este punto de vista como por encima, como acontextual, como en grado de garantizar una posición “meta”, y por lo tanto la posibilidad de observar y de comprender el contexto desde el exterior. Pero se trata, obviamente, de un punto de vista imaginario, o ir-real: cada particular observador real, en cambio, puede situarse como sujeto de observación en tanto, y sólo en tanto, es un cuerpo concreto y material, ubicado dentro de la contingencia de una historia que está realmente acaeciendo y al interior de la concretitud de un lugar físico dado. Lo que significa que *la subjetividad puede existir solo en tanto pertenece concretamente a la realidad material*, la habita en la carne y en la sangre de un organismo viviente, en la parcialidad y en la contingencia de un tiempo y de un lugar dados: *el pertenecer y el ser parte de son condiciones necesarias, y por lo tanto, vínculo y límite del situarse como observador*. Por esto el punto de vista subjetivo – vértice computacional cognitivo y constructivo que *permite y al mismo tiempo vincula* toda la experiencia del sujeto – se pone, necesariamente, *al centro* de la perspectiva subjetiva, siendo, sin embargo, – y justamente siendo – *parcial* en todo sentido y bajo todo punto de vista.

Es en efecto la subjetividad misma que – para existir y en el existir – asume un vértice de observación que *es parte* del contexto hasta la materialidad del propio organismo y en toda singular palabra de su discurso. Y que sea *parte de* sea en el sentido de *pertenecer* y que *situarse dentro*, sea en el sentido de ser *una de las partes en juego* y de asumir por lo tanto un punto de vista *parcial*. Es, pues, por un motivo de estructura que le es imposible al sujeto observar desde el exterior, sea el contexto del cual es parte y desde el cual se distingue, sea la relación imbricada que, dentro del contexto, al contexto lo vincula.

Pero sobre tal imposibilidad no podemos aquí detenernos mayormente⁴. Lo que intento subrayar ahora es que esta ceguera lógica desde el punto de vista subjetivo, esta imposibilidad para el sujeto de “saber” y comprender el contexto, debe ser reconocida como característica no eliminable del *con-textus* mismo – de un concepto de contexto, es decir, entendido con coherencia según una lógica cibernética.

La ceguera del sujeto se coloca, podríamos decir, como aspecto estructural y estructurante de una acepción cibernética de “contexto”.

Es, en efecto, justamente la asimetría irreducible del punto de vista del sujeto respecto al punto de vista de las relaciones de las que participa y de los sistemas de pertenencia, lo que caracteriza el concepto cibernético de *con-textus* como vivo, por una parte, y como complejo, por otra, y lo diferencia por lo tanto radicalmente de un concepto de contexto que sea interno a una lógica clásica. Sólo una asimetría radical y una irrecuperable falta de homogeneidad entre el punto de vista subjetivo, en la propia autonomía experiencial, y el punto de vista contextual, en sus propiedades emergentes, articulan y

⁴ Sobre este argumento me permito remitir a un ensayo mío de 1986, *L'osservatore ceco. Per una teoria cibernética del soggetto*, que ha sido publicado sucesivamente en una revista científica mexicana (M. Bianciardi, *El observador ciego. Hacia una teoría del sujeto*. Psicoterapia y Familia, Vol. 6, n.2, 1993).

mantienen la complejidad y el entrelazamiento de un contexto vivo que evoluciona en el tiempo en modo no predecible.

En tal sentido, podríamos decir, que cada hilo no sabe, desde el propio punto de vista, cómo el tejido va formándose; ni cada tesela puede conocer el diseño que va delineándose en el mosaico. Más aún, ellos entrelazan, sin saberlo, el tejido y componen el mosaico. Es justamente en cuanto, desde el propio punto de vista, no saben nada, el tejido y el mosaico estarán (fuera de metáfora, obviamente) vivos.

Es en este sentido que un *con-textus* se caracteriza como *com-plexus*.

Si el hilo supiera lo que hace, si pudiera “ver más allá de la propia nariz”, tejería un tejido sin vida, es decir, sabido, previsible, banal, obvio y sin historia. Del mismo modo, si el sujeto pudiera conocer las consecuencias que su hacer comporta al interior de las relaciones y dentro de los sistemas de pertenencia, la ‘historia’ estaría sin historia, en cuanto la vida se caracterizaría como el desarrollo de una trama ya escrita.

Por otro lado, si existiese una entidad externa al contexto que pudiera prever y determinar los efectos del contexto sobre el sujeto, este último perdería toda característica de auténtica subjetividad. Pero el tejido de la vida, obviamente, no prevé tejedores “externos” que conozcan de antemano cómo los hilos se entrelazan al nivel de la textura y de la urdimbre. El contexto del cual el sujeto se diferencia, y que, por otra parte, ‘entreteje’ el sujeto, es creado en el tiempo por las relaciones entre los sujetos mismos: en este sentido el contexto es *complexus*.

La ceguera subjetiva al contexto, por lo tanto, es condición de estructura para que se pueda hablar de sujeto autónomo, por una parte, y de *con-textus*, por otra.

Considérese, por lo tanto, una afirmación aparentemente contradictoria.

El reconocer una centralidad y una prioridad a las características emergentes a nivel del contexto implica, por necesidad, reconocer una centralidad del sujeto y una prioridad del punto de vista subjetivo: y esto precisamente en cuanto este último se pone como constitutivamente ciego al contexto.

El *con-textus* cibernético, de hecho – donde sea coherentemente entendido como unidad compleja, o sea como unidad y articulación – lejos de contraponerse a la subjetividad y de implicar por ende una concepción mecanicista y simple de la influencia del así llamado “ambiente” sobre el individuo, implica y comprende la centralidad, la irreductibilidad, la absoluta peculiaridad, del punto de vista subjetivo: en tanto este punto de vista se ponga – y, es más, justamente en tanto se pone – como constitutivamente e irremediabilmente ciego al contexto.

El *con-textus*, en efecto, es *com-plexus*.

Ello se genera, precisamente, en el entrelazamiento, vinculado pero imprevisible, de los puntos de vistas autónomos, los que obedecen ante todo a las propias exigencias de congruencia y coherencia interna, al propio ángulo visual reducido y parcial, a las propias premisas y a los propios prejuicios, a los propios fines inmediatos, o a los propios diseños proyectados en el futuro.

El *con-textus* es, por lo tanto, generado por el entrelazamiento y por la historia de las relaciones entre organismos biológicos caracterizados por una clausura cognitiva y operacional – la que implica, sea desde un punto de vista lógico como desde un punto de vista ontogénico, someter la comprensión de

los contextos de pertenencia a una lectura parcial, reductiva, con perspectiva, vinculada, local.

El sistema tiene su lógica, y define en el tiempo reglas propias, que cada sujeto no conoce; y, por otra parte, el sujeto tiene su lógica, y tiene razones propias, que el sistema no conoce.

Lo que indicamos con “complejidad” nace justamente desde la “misteriosa relación entre elemento y contexto”: ella se funda precisamente sobre el hecho que los dos niveles lógicos en los que se ponen elemento y contexto no son ni conmensurables ni confrontables, y evoluciona en el tiempo como un entrelazamiento siempre asimétrico e incompleto que no puede ser plenamente comprendido ni por uno ni por otro punto de vista: como una suerte de ‘diálogo de sordos’, por lo tanto, el que, incluso en su fragmentariedad, incompletud, disimetría, constituye, no obstante, la trama de la vida.

En este sentido el contexto es una totalidad articulada y organizada, pero es también una totalidad articulada y des-organizada: una totalidad siempre *in fieri*⁵, abierta, rica en vetas, contradicciones, agujeros y asimetrías. Las historias que se generan en la evolución de un contexto de vida, tienen características de imprevisibles e irrepetibles, justamente en tanto cada organismo singular que participa del contexto y contribuye a crear la historia, lo hace a partir de un punto de vista individual, y obedeciendo a exigencias de coherencia interna, por las cuales el contexto no es sino el lugar dentro del cual se desarrolla la propia ontogénesis.

Cada organismo, de hecho, pertenece al propio contexto de relaciones y participa en crear la historia evolutiva sin saberlo, simplemente, viviendo la propia ontogénesis. Y también donde “sepa” que el vivir la propia ontogénesis es participar de una historia que lo trasciende – como le sucede al hombre, animal superior dotado de la potencialidad de un pensamiento reflexivo – sin embargo no podrá nunca “saber”, ni completamente coger, las modalidades del propio ser partícipe, y las consecuencias del propio actuar: no podrá nunca conocer, esto es, *cómo* el contexto y la historia lo entretrejen hasta en las instrucciones que su ADN transporta y en todas y cada una de las palabras de su decir, ni podrá nunca prever *cómo* la historia y el contexto darán significado y efectos pragmáticos a su actuar. Y esto en tanto los aspectos de clausura organizacional que lo caracterizan en la propia individualidad implican, de por sí, que el propio punto de vista sea otro, sea ajeno, que se ponga sobre otro registro, y construya otra historia, respecto de la historia que el contexto entrelaza en el tiempo.

Por otra parte, justamente en cuanto cada elemento no sabe y no puede saber, tal historia tiene las características de una ‘historia’ viva más que de un guión ya escrito.

Tal relación com-pleja, que tiene valencias estéticas que la tragedia griega supo capturar y relatar magníficamente, contiene el misterio mismo de la vida.

⁵ Expresión latina que puede entenderse como ‘en formación’ o ‘que se está generando’ [N. Del T].

Una perspectiva de complejidad

Estas reflexiones evidencian cómo solo dentro de una perspectiva de complejidad⁶, punto de vista subjetivo y punto de vista sistémico pueden ser entendidos y concebidos como puntos de vista que no sólo no se contraponen, ni se sobreponen, sino nacen el uno del otro, se genera el uno a partir del otro, y se alimentan recíprocamente en un proceso recursivo sin fin; y, como se ha visto, se generan recíprocamente no en cuanto conmensurables, o reducibles el uno al otro, sino, al contrario, justamente porque se sitúan sobre dos planos distintos, no reducibles, ni entre ellos confrontables: dos planos que se evitan siempre, separados por un hiato y por una cesura, no obstante, no recuperables, dos universos irremediamente diferentes, dos perspectivas o dos ángulos visuales que nunca ninguna síntesis dialéctica podría unificar o reunir.

Desde el punto de vista del ecosistema de pertenencia, en efecto, el individuo es parte de un todo que lo comprende, y, en tanto parte de, no puede sino ser ciego a los procesos más amplios de los que participa y que él mismo contribuye a construir. El participa de aquellos desde el interior, y no obstante no puede observarlos desde una posición ‘meta’ o destacada, ni mucho menos controlarlos en modo unilateral. La relación, por lo tanto, por ciertos versos, se burla del individuo: lo obliga y lo somete a los propios ‘juegos’; hace de él un títere inconsciente que mientras más se esfuerza por cambiar las cosas, más recalca el juego: lo hace parecer como un ridículo, trágico peón, que, justamente en buscar la solución a sus problemas, construye con las propias manos el propio fracaso; o que, al encontrar soluciones inesperadas, se engaña de haberlas voluntariamente determinado y provocado de manera conciente y unilateral.

Desde el punto de vista individual, al contrario, las relaciones no son más que el fondo desde el cual la individualidad se destaca y se diferencia, el contexto del cual la subjetividad emerge y se sitúa, la red de interacciones significativas desde la cual la persona *ex-iste* – y *ex-iste* precisamente en el acto de considerar, interpretar y leer las relaciones mismas desde un punto de vista absolutamente subjetivo, y según la modalidad del todo peculiar y dotado de una autonomía propia y de una congruencia interna. El contexto, entonces, para el sujeto, no es sino aquello con que nutre la peculiar, y única, versión de la experiencia, y las relaciones no son sino las ocasiones para alimentar, validar y confirmar la propia visión del mundo.

Dos vértices y dos modalidades de observación y de descripción inconciliables, por lo tanto. Pero que, justamente por esto, se generan recíprocamente.

⁶ A propósito de la conciencia, en la historia del pensamiento, de una discontinuidad y de un hiato entre la búsqueda de los fines individuales y la emergencia de las dinámicas sociales y/o históricas, bastante útil es el claro ensayo de A.M.Iacono *Adam Smith e la metafora della mano invisibile*, contenido en su texto *L'evento e l'osservatore. Ricerche sulla storicità della conoscenza*, P.Lubrino, Bergamo 1987, donde el autor discute cómo sólo una teoría sistémica de la complejidad puede evitar el recurso de metáforas de naturaleza finalística, tales como el “diseño de la naturaleza” en Kant, la “astucia de la razón” en Hegel, o, precisamente, la “mano invisible” en Smith. El autor remite, para este propósito, también a E.Morin, *Il paradigma perduto. Che cos'è la natura umana?*, Bompiani, Milán 1974.

Considérese, en efecto, cómo la relación se puede definir como tal, y mantener características de vida, y por lo tanto de imprevisibilidad constitutiva, solo dónde se sitúe y venga concebida como relación entre dos puntos de vista autónomos, entre dos entidades caracterizadas por una efectiva, aunque vinculada, autonomía organizativa y libertad operacional, entre dos sistemas que mantienen ante todo una propia clausura cognitiva y la propia coherencia interna. No hay de hecho relación que no se reduzca al automatismo de una máquina banal, sino entre dos subjetividades definidas como tales del hecho mismo de vivir y computar la relación misma según la modalidad peculiar y determinada por la propia autónoma organización. La relación, en este sentido, incluso haciéndose mofa, del propio punto de vista, de la subjetividad individual, nace justamente desde y en el recíproco definirse de los sistemas individuales relativamente libres y autónomos.

Y considérese, por otra parte, cómo el punto de vista individual y subjetivo emerge, y no pueden sino emerger, de un contexto de relaciones, de un sistema interindividual, de una red más amplia dentro la cual no es sino un nudo. El punto de vista subjetivo, caracterizándose incluso por la propia autonomía, viene construido en el tiempo del proceso evolutivo como uno de los múltiples tallados de una poliédrica realidad microsocial, y es, sin embargo, entretejido por el lenguaje, la cultura, la historia de los sistemas más amplios dentro de los cuales evoluciona. Aunque el sujeto, desde el propio punto de vista, someta las relaciones de las que participa a una lectura y a una vivencia emocional autónomas e irreducibles, ello no puede darse sino en y desde una relación.

No hay por lo tanto auténtica relación sino entre dos autonomías; ni hay autonomía que no emerja de una relación. Así como una se genera en la dialéctica no previsible entre dos puntos de vistas que mantienen la propia determinación autónoma, del mismo modo la otra se genera en tanto ex-iste desde y en la relación. No es concebible un punto de vista autónomo que no emerja desde la relación, ni es concebible relación sino entre dos puntos de vistas distintos desde una no reducible autonomía experiencial. No se da sujeto sino en relación, ni se da relación sino entre sujetos caracterizados por una propia autonomía.

Y, en fin, esta recíproca imbricación es concebible solo en tanto el punto de vista individual y el punto de vista contextual se sitúen como no reducibles el uno al otro, como, no obstante, inconmensurables, no confrontables, ajenos. Dónde en efecto el sujeto fuese simplemente determinado por la relación, esta última se situaría como simple, banal, automatismo, y, paralelamente, el sujeto mismo no podría sino ser concebido como objeto desprovisto de una autonomía propia; por otra parte, dónde la relación no fuese más que el producto previsible, la suma algebraica, de las características de los elementos que de ella participan, estos últimos no podrían ser considerados sujetos, y, paralelamente, la relación misma se reduciría a un funcionamiento previsible y dado por descontado.

Dos centralidades descentradas y faltantes

En ausencia de sujetos autónomos, como hemos ampliamente discutido, no es concebible un contexto *com-plexus*, ni un sujeto caracterizado por una

organización autónoma sería inimaginable fuera del contexto vivo de la biosfera.

Por esto, sea la irreducible autonomía del punto de vista subjetivo, por un lado, sea el definirse de patterns emergentes a nivel contextual, por otro lado, deben ser reconocidos, ambos, sin embargo, y en todos los casos, como *en falta*.

El sujeto, en efecto, debe ser reconocido, ante todo, como *parte de*, y como *partícipe de*, contextos más amplios. Por lo demás, característica no eludible de todo ser viviente es pertenecer; vivir significa e implica participar en redes de relaciones, o sea en un ecosistema a su vez vivo y en evolución. Mientras un ser muerto o inanimado puede quizás ser considerado como aparte, aislado, arrancado ya de las relaciones y de una historia de relaciones, lo que está vivo no puede ser entendido sino como dentro y parte de, perteneciente y partícipe, implicado y comprometido. Si es verdad, por lo tanto, que el organismo singular está caracterizado por la potencialidad de distinguirse situándose como observador, es no obstante verdad que él, ante todo, vive dentro las relaciones de las que participa, pertenece a los contextos que lo han desarrollado, *habita* el propio ecosistema; y lo habita *antes* de poderse situar como observador – dónde ‘antes’ debe ser entendido sea en el sentido lógico como en el sentido temporal, y sea desde un punto de vista filogenético como desde un punto de vista ontogenético.

El sujeto, en efecto, bien antes de situarse como sujeto, es un organismo biológico, es un cuerpo concreto. El cual, tensionado por los dos extremos de su arco de vida, es decir, ser generado por un proceso reproductivo, y volver a ser ‘polvo’ después de haber contribuido a su vez a la transmisión del patrimonio genético, es, sin embargo, *parte de* procesos vitales que lo preceden y que lo seguirán, que lo trascienden y que lo entretienen desde dentro.

El sujeto puede situarse como sujeto *en tanto* organismo viviente; el cual, como la etimología misma del término testimonia, debe ser entendido como “instrumento” dentro de una red de relaciones y al interior de la deriva genética.

Cada sujeto, por ende, *ex-iste* – o sea *se trae fuera* (se extrae) de las relaciones en el acto de situarse como observador de la relación misma – en tanto, y sólo en tanto, participa de la relación misma.

El sujeto puede situarse como sujeto, en tanto, y sólo en tanto, es parte de.

Por consiguiente, si es verdadero que, *desde el propio punto de vista*, el sujeto “construye” el propio mundo, es verdad no obstante que tal construir presupone, como condición necesaria para que pueda darse, un ser ahí, o sea un habitar el propio mundo en la concretitud de ser un cuerpo y un organismo viviente. Nosotros “construimos” nuestro mundo a partir de un punto de vista que implica y presupone pertenecer. El sujeto puede colocarse como “constructor” de la propia versión de la experiencia de la biosfera, justamente en cuanto *pertenece* a la biosfera y a su milenaria historia evolutiva.

Puesto que la inmediatez del habitar, del pertenecer, del ser ahí, precede el situarse del individuo como sujeto, este sigue siendo para él, no obstante, un misterio insondable. Es en este sentido que debemos reconocer que el punto de vista constructivista, incluso en su utilidad, puede ser entendido de manera engañosa, es decir, de manera simplista y eludiendo una perspectiva compleja.

El constructivismo debe ser comprendido, o re-comprendido, dentro de una lógica del pertenecer y del participar⁷.

No solo esto: el punto de vista subjetivo – sin embargo vinculado al ser parte de un concreto contexto de pertenencia – se sitúa también como incluso siempre *en falta*.

Si, en efecto, se consideran los instrumentos concretos y las modalidades operacionales de construcción de las versiones subjetivas de la realidad, no se puede no reconocer que ellos están estrictamente vinculados al cuerpo que el sujeto es, a sus órganos sensoriales, a sus umbrales perceptivos, a las características del Sistema Nervioso Central, al léxico y a los usos, de los contextos de relación dentro del cual el sujeto ha crecido y habita.

Cada individuo, en efecto, en la propia vida material y en su ontogénesis histórica, es ante todo un cuerpo, el que ha sido ‘construido’ por una larga y compleja historia evolutiva entre la especie a la que pertenece y sus ecosistemas. Todo singular organismo viviente construye una versión de la experiencia, un universo subjetivo; pero este construir obedece a cuánto la deriva evolutiva le permite y le impone. Se sitúa entonces como autor del propio mundo, según los medios, los instrumentos, las modalidades, emergentes de la historia entre especie y ecosistemas de pertenencia.

Más específicamente, el hombre, en cuanto observador lingüístico, ordena la propia experiencia de lo real, y por lo tanto todo acto perceptivo propio, computacional y constructivo, de acuerdo al orden que la lengua natural de pertenencia le propone y le impone. En este sentido, la experiencia subjetiva del hombre está, de manera literal, *lógicamente* incompleta – es decir, en falta por una implicación de lenguaje. Esta en efecto no puede regirse autónomamente justamente en cuanto experiencia lingüística; o sea se caracteriza como en falta estando vinculada al lenguaje. Considérese de hecho que toda experiencia lingüística, siendo el lenguaje constitutivamente arbitrario y convencional, es una experiencia que se rige, y no puede sino regirse, bajo formas implícitas y explícitas de validaciones consensuales: y la validación consensual es de necesidad un proceso relacional, dentro del cual cada sujeto no puede sino situarse como uno de los sujetos entre ellos en relación.

La versión de la experiencia del mundo que el sujeto construye, por consiguiente, incluso situándose como radicalmente subjetiva, única, del todo peculiar, de la cual el sujeto mismo tiende a imaginarla y a representársela a sí mismo, se coloca también, desde su nacimiento, como uno de los múltiples tallados de una ‘realidad’ poliédrica y polidefinida, intersubjetiva y multicéntrica. Toda versión subjetiva de la realidad está por ello intrínsecamente incompleta, en tanto no se rige sola, sino que está sujeta, desde un punto de vista lógico, a aquella necesidad de validación que el uso del lenguaje comporta, de la confirmación y de la yuxtaposición, por parte de otros sujetos significativos. Tan pronto el sujeto se ponga como observador de

⁷ Cfr., sobre este tema, el ensayo, de no fácil lectura, de A.Greppi *Dal costruo, ergo sum al sum, ergo costruo*, en: Manghi S. (ed.). *Attraverso Bateson. Ecología della mente e relazioni sociali*. Anabasi, Milán 1994. (Este texto ha sido recientemente reimpresso por Raffaello Cortina ed.). Una observación en tal sentido se puede encontrar también en: A.Greppi, E.Moietta, *Giochi con carte truccate. La tautologia in Gregory Bateson*, Pellicani, Roma, 1993 (cfr. El párrafo “L’osservatore” en pág. 30 y sgtes.) Críticas más radicales a la teoría de observador de Maturana han sido llevadas por D.Zolo en el artículo *Autopoiesi: un paradigma conservatore*, publicado en el n.1/1986 de “Micromega”.

sí mismo, capturaré esta no eludible interdependencia entre las propias descripciones de la realidad y otras descripciones de la misma realidad.

El sujeto humano, por lo tanto, ordena la “realidad” según el orden que la realidad le ordena, y propone un orden al propio mundo según el orden que el mundo al que pertenece le propone. El hombre originario se vuelve autor y constructor de una versión subjetiva de la realidad, gracias al sustento, al apoyo, a los cuidados, y también gracias a la palabras, a los conceptos, a los prejuicios, que el contexto social que lo circunda le propone, pero también le impone. Desde un punto de vista, él es totalmente parte del contexto que lo genera, lo hacer crecer y pertenecer; pero, desde otro punto de vista, dentro de esta pertenencia, él está destinado a convertirse el autor de un ‘mundo’ subjetivo absolutamente único e inimitable.

Por todo esto, la centralidad del sujeto es, por lo tanto, una centralidad “subjetiva” y descentrada, la que, desde otro punto de vista, se sitúa, no obstante, al interior de un pertenecer; se trata por consiguiente de una centralidad, por así decir, óptica, que es válida solo a los ojos del sujeto mismo, el que se sitúa como sujeto mismo en el situarse, del todo arbitrario, pero, sin embargo, ineludiblemente, y necesariamente, *al centro* de un “mundo”. Pero, en tanto la centralidad subjetiva deba ser reconocida como una suerte de ilusión óptica, es justamente el entrelazamiento y el relacionarse de los puntos de vistas subjetivos que generan las historias imprevisibles de los contextos dentro de los cuales la subjetividad puede situarse; la vida no es sino la historia de la red de relaciones entre ‘ciegas’ centralidades experienciales de innumerables organismo vivientes.

Es verdad entonces que el sujeto se sitúa ilusoriamente al centro de un “mundo” al que, desde otro punto de vista, pertenece; y es verdad que ‘construye’ una versión subjetiva de un contexto que, por otra parte, lo precede y lo comprende, le propone y le impone vínculos e instrumentos de su construir. Pero es verdad, no obstante, que tal ilusoria centralidad se sitúa como condición necesaria para que se entreteja y se entrelace el contexto imprevisible de la vida, que por otra parte precede y es una premisa del situarse de la subjetividad.

También la centralidad del contexto, por ende, debe ser reconocida como una centralidad policéntrica y asimétrica, plurideterminada y descentrada.

La centralidad subjetiva es, por lo tanto, descentrada como la centralidad del contexto.

Una de las centralidades se genera, en un diferente nivel, desde la otra y en la otra. Una se apoya, no obstante, en modo asimétrico, sobre la otra. Una, incluso colocándose como auténtica centralidad, está en falta de la otra.

Aunque podemos intuirlo y enunciarlo, no podemos ciertamente comprenderlo. No podemos com-prenderlo porque tal dialéctica no reducible encierra el misterio de la vida, y, en tanto organismos vivientes, no podemos comprender la vida que nos contiene.

Bibliografia

- Atlan H., *Tra il cristallo e il fumo. Saggio sull'organizzazione del vivente*. Hopefulmonster, Firenze 1986.
- Bateson G., *Verso un'ecologia della mente*, Adelphi, Milano 1976.
- Bateson G., *Afterword*, in: Brockman J., *About Bateson. Essays on Gregory Bateson*, Wildwood House, London 1978.
- Bettetini G., *Geografia delle semiotiche*, in: Barbieri G., Vidali P. (eds.), *La ragione possibile. Per una geografia della cultura*, Feltrinelli, Milano 1988.
- Bensa A., *Individu, structure, immanence*, in: Winkin Y. (ed.), *Bateson: premier état d'un héritage*, Seuil, Paris 1988.
- Bianciardi M., *Il concetto di doppio legame: una proposta di revisione logica*, *Terapia Familiare*, n. 26, marzo 1988.
- Bianciardi M., *El observador ciego. Hacia una teoría del sujeto*, *Psicoterapia y Familia*, Vol. 6, n. 2, 1993.
- Bocchi G., Ceruti M., *Disordine e costruzione. Un'interpretazione epistemologica dell'opera di Jean Piaget*, Feltrinelli, Milano 1981.
- Bocchi G., Ceruti M. (eds.), *La sfida della complessità*, Feltrinelli, Milano 1985.
- Calasso R., *Le nozze di Cadmo e Armonia*, Adelphi, Milano 1988.
- Ceruti M., *Il vincolo e la possibilità*, Feltrinelli, Milano 1976.
- Ceruti M., *La danza che crea. Evoluzione e cognizione nell'epistemologia genetica*, Feltrinelli, Milano 1989.
- Cini M., *Un paradiso perduto*, Feltrinelli, Milano 1994.
- Delattre P., *Teoria dei sistemi ed epistemologia*, Einaudi, Torino 1984.
- Gargani A., *Il sapere senza fondamenti*, Einaudi, Torino 1975.
- Gleik J., *Chaos*, Rizzoli, Milano 1989.
- Greppi A., "Dal construo, ergo sum al sum, ergo construo", in: Manghi S. (ed.), *Attraverso Bateson. Ecologia della mente e relazioni sociali*, Anabasi, Milano 1994.
- Iacono A.M., *L'evento e l'osservatore. Ricerche sulla storicità della conoscenza*, P.Lubrina, Bergamo 1987.
- Lanzara G.F., Pardi G., *L'interpretazione della complessità*, Guida, Napoli 1980.
- Maturana H., Varela F., *Autopoiesi e cognizione. La realizzazione del vivente*, Marsilio, Venezia 1985.
- Maturana H., Varela F., *L'albero della conoscenza*, Garzanti, Milano 1987.
- Maturana H., *Autocoscienza e realtà*, Cortina, Milano 1993.
- Monod J., *Il caso e la necessità*, Mondadori, Milano 1970.
- Morin E., *Introduzione al pensiero complesso*, Sperling & Kupfer, Milano 1993.
- Varela F.J., *Il circolo creativo: abbozzo di una storia naturale della circolarità*, in: Watzlawick P. (ed.), *La realtà inventata*, Feltrinelli, Milano 1988.
- Vidali P., *La ragione osservativa. Per una teoria dell'auto-osservazione sistemica*, in: Barbieri G., Vidali P. (eds.), *La ragione possibile. Per una geografia della cultura*, Feltrinelli, Milano 1988.
- Weiss P., *L'archipel scientifique*, Maloine, Paris 1974.